

pas del pueblo, para que descargando a sus súbditos se descargase él de ellas y hiciese penitencia por todos, orando, como otro Moysén, por el favor y necesidades del pueblo.¹ Si la oración de este idólatra fuera hecha a Dios tan cierto y verdadero como es el que oía las de Moysén (que por serlo hacía ciertos y verdaderos favores al que la ofrecía), y si se hiciera en servicio de nuestro Dios verdadero, bueno era todo; pero el mísero indio se atormentaba y el demonio se reía o cuidaba poco de su tormento. Y hemos de advertir que este ayuno no era más que una vez en la vida; y el que una vez le hacía, no le hacía otra, y no a todos los sumos sacerdotes acontecía, o porque no era necesario tanto rigor, o por flaqueza o enfermedad que tuviese, pero en pocos acontecía esto.

CAPÍTULO XXVI. *De la mucha limpieza y castidad que el estado sacerdotal incluye en sí, y de cómo en todas las naciones gentílicas se preciaron los sacerdotes de castos, y es una de las condiciones necesarias para ofrecer los sacrificios*



QUANTA HAYA SIDO LA CASTIDAD Y LIMPIEZA, y cuanto el cuidado que los sacerdotes de los gentiles hayan tenido para ser limpios y castos, está muy conocido, y los inmensos escritos que de esto hay lo manifiestan; y consta haber sido muy estimada esta virtud en los gentiles sacerdotes de aquel verso de Virgilio,¹ que dice: *Los sacerdotes permanecían castos todo el tiempo de su vida.* Y Ovidio² también dice, ser estimada en ellos esta condición y virtud, como el fresco ramo cortado de un árbol muy precioso y puro. De las vírgines vestales hemos ya visto lo que las estimaban los romanos, y el castigo y muerte que les daban por el pecado que cometían, queriendo que se conservasen en perpetua virginidad.³ De los sacerdotes de la madre de los dioses, se dice que se castraban y cortaban todas las partes verendas y miembro genital, por vivir en perpetua castidad, para mejor ejercitar su ministerio y ofrecer a la diosa más dignamente los sacrificios. Los hierofantes entre los de Atenas, luego que se constituían y ofrecían al sacerdocio, también se castraban. De los sacerdotes de Egipto, dice Plutarco, que guardaban perpetua castidad y que se abstendían de comer sal, porque su calor y sequedad no les provocase a los actos venéreos; y lo mismo afirma de ellos Porfirio.⁴ Y al sacerdote de Júpiter llama Ovidio⁵ casto. También afirma Plutarco, en sus *Problemas de los romanos*, que los sacerdotes no sólo no comían carnes de cabra, pero que ni la nombraban, siéndoles aborrecible su nombre por su mala propiedad, y ser tan

¹ Exod. 23.

² Virg. lib. 6. Aen.

³ Ovid. lib. 2. Fast.

⁴ Sap. 14. et 15.

⁵ Plut. lib. de Iside et Osiride, dec. 5. cap. 10. Porph. lib. 4. de Abstin. ab essu carn.

⁶ Ovid. lib. 1. Fast.

dados estos animales a la lujuria. Y de aquí entiendo yo lo que se dice del sacerdote Dial, romano, que le era prohibido de comer habas, por ser provocativas a estos deshonestos actos y sucios movimientos. Y por esta razón aquel gran filósofo Pitágoras aconsejaba a los de su tiempo que no las comiesen, como lo afirman el mismo Plutarco y Plinio.⁶ Y lo que más admira es que no sólo se les prohibían algunas cosas para comer a estos sacerdotes, en razón de la castidad y limpieza, sino que al sacerdote Dial (dice Festo Pomponio) no sólo no le era lícito tocar con la mano la yedra, pero ni nombrarla; dando a entender por esto la antigua gentilidad cuánta puridad y limpieza debía de ser la del sacerdote; porque dicen los naturales ser la yedra una planta lasciva y lujuriosa, cuyo abrazo todo lo vicia. En los enredos con que se abraza y enreda con las otras plantas, significaban los antiguos la lujuria y actos deshonestos; y de ella cantan mucho de esto los poetas. Y dice Plutarco⁷ estas palabras: ¿A qué no mueve y obliga el Amor? No es menos que la yedra que atrae a sí y aun la convierte en su substancia la cosa a que se junta y llega. Pero leemos en algunos autores griegos que, así como les era prohibido lo dicho a los sacerdotes, les era concedido comer la ruda y beber el zumo de ella, por cuanto es contraria al vicio de la lujuria, de cuya propiedad se dice desecar (bebida o comida) la materia de que se forma el semen; así lo dicen Dioscórides, Plinio y Plutarco.⁸ Y así Ovidio,⁹ en el libro que compuso de *Remedio Amoris*, dice que el mejor consejo que da para no ser uno incitado a estos sucios actos, es beber la bebida de la ruda, porque deseca y disminuye el humor venéreo y carnal.

De los sacerdotes de Etiopía, dice San Agustín¹⁰ (tratando de la peregrinación que hizo por aquellas regiones, en uno de los sermones a los monjes del Yermo) estas formales palabras: Ya era obispo hiponense y fui, con algunos siervos de Jesucristo, a Etiopía a predicarles su santa ley y evangelio; y vimos allí muchos hombres y mujeres que no tenían cabeza, sino los ojos en los pechos, entre los cuales vimos que los sacerdotes eran casados, pero de tanta abstinencia que jamás, si no era una vez en el año, conversaban con sus mujeres, el cual día se abstendían de poner las manos en ningún sacrificio. Vimos más (dice luego) en las partes más bajas de esta región, otros hombres que no tenían más de un ojo en la frente, cuyos sacerdotes huían toda conversación de hombres y se abstendían de todos los malos deseos y apetitos de la carne; y, tan abstinentes, que la semana que les cabía de sacrificar y servir sus templos no comían, contentándose sólo con beber, una vez al día, una metreta de agua. Y más adelante añade: ¡Oh miseria grande de los cristianos!, veis aquí que los paganos se hacen doctores y maestros de los fieles, y los pecadores y las mujeres ramerales les

⁶ Plut. lib. 1. cap. 95. *Problematum*. *Symposiac*. lib. 3. q. 2. Plin. lib. 18. *Hist. Nat.* cap. 18. Et cap. 12. *Festus*.

⁷ Plut. de *Audit. Offic.*

⁸ Plin. lib. 20. cap. 13. *Plut. Symposiac*. lib. 3. q. 1. *Dioscor.* lib. 3. cap. 50.

⁹ Ovid. de *Remedio Amoris*.

¹⁰ Div. Aug. ser. 39. ad *Monac.*

preceden en el reino de Dios. Éstas son palabras de este excelentísimo doctor.

Esta limpieza que en sus sucios ministros quería que hubiese el demonio, es la que Dios ha querido y quiere que tengan sus ministros y sacerdotes y la que en la ley antigua pedía a los que eran de su casa y templo; y así dijo, en el *Levítico*¹¹ (hablando del sacerdote) que fuese virgen la que había de tomar por esposa, no viuda o pública ramera o repudiada. Pero ¿qué pretende en esto Dios? No más (según dice Innocencio papa,¹² primero de este nombre) sino que se entienda que le permitía aquello sólo, sin lo cual no podía pasar para dejar heredero en su oficio sacerdotal, y que era con aquella limitación para dar a entender, que si pudiera seguirse de otra manera, aun aquello no le concediera, por la limpieza que pretende en sus ministros. Y cuando los sacerdotes habían de ocuparse en el ministerio de su semana se abstenían de todo acto carnal lícito; y para esto había casas y aposentos donde los dichos ministros asistían el tiempo dicho de su administración. Y para que se entienda lo mucho que quería que sus sacerdotes fuesen castos y limpios, se debe notar aquella gravísima y rigurosísima ley, que estaba divulgada, contra las hijas de los sacerdotes, la cual era: si la hija de algún sacerdote fuere hallada haber perdido secretamente su pureza y virginidad, y hubiese manchado con esta mácula la casa de su padre, sea quemada en llamas de fuego. De donde es fuerza colegir la grande limpieza y castidad que quería que tuviesen sus sacerdotes; porque si la hija incasta y flaca mandaba quemar, porque pecó, ¿cuánto con mayor rigor y castigo debía de ser castigado el padre que siendo ministro de Dios y sacerdote, para ofrecerle sus sacrificios, pecaba?

No salían de esta obligación los sacerdotes indios de esta Nueva España, los cuales quería el demonio que fuesen castos; y así digo que eran tan continentales como hemos visto y dicho de ellos en muchos lugares, en especial de los sumos sacerdotes y pontífices mayores y los dos sacerdotes o monjes, constituidos a la diosa Cinteutl; los cuales habían de haber sido casados, pero no cuando servían el oficio de sacerdote, porque en aquel tiempo habían de guardar castidad perpetua e inviolable. De los ministros y capellanes de los templos de Tehuacan sabemos que si cometían este pecado (como se supiese) era por él muerto a palos y entregado a la gente popular de noche, para que en él la ejecutasen. Y de las mujeres que servían en los templos hemos dicho ser continentísimas, las cuales guardaban perpetua castidad y virginidad, sin manchar en nada su pureza. Y era tanto lo que temían caer en esta culpa, que entendían, si la cometían, haber de ser rigurosamente por los dioses castigadas, mayormente si se sabía moría por ella. De este rigor se puede colegir el cuidado con que vivían los sacerdotes y lo mucho que cuidaban de vivir castamente, por tener entendido ser aquella la voluntad de sus falsos dioses y creer que se ofendían gravemente con lo contrario. Y de aquí queda sabido cómo el demonio, no por ser limpio, sino por imitar en alguna manera a Dios, en su limpieza, ha querido que

¹¹ Lev. 12. R. Maimon. Halach Isaribia, cap. 17.

¹² Innocent. 1.

sus ministros lo sean y se abstengan de semejantes actos en las cosas posibles, queriendo el demonio que los de su falsa ley y seta hiciesen esta inferencia. La castidad es buena, y nuestro Dios nos la enseña y manda que seamos castos, luego bueno es él; y no advertían estos desventurados ciegos que no porque él es bueno mandaba un acto de virtud tan heroico, sino que por ser el hecho en sí bueno, es apetecible; y que la razón natural inclina al hombre a apetecer aquello que es más conforme a la rectitud de la naturaleza; y así, no porque el demonio fuese bueno (que no lo es) era bueno el acto, sino por ser bueno el acto y hecho, parecía bueno el que lo mandaba.

CAPÍTULO XXVII. *De los sacerdotes epulones (u de los convites que entre estas gentes indianas habia) que fueron muy celebrados entre los romanos*



INVENTÓ LA GENTILIDAD MODERNA de esta tierra indiana unos sacerdotes, cuyo oficio era incitar a las gentes de ellas a las fiestas de algunos dioses, en las cuales el fin era comer y beber y pasar la vida con más regalo que en otras fiestas acostumbraban. Una de éstas era honra de todos los dioses, los cuales fingían haberse ido a otras partes, o ya por tenerlos enojados, o ya porque fueron a visitar otras tierras, gentes y pueblos, a cuya vuelta los festejaban de esta manera. Veinte días antes de su fiesta (que se llamaba Teutleco) ataban a todos los niños unos hilos flojos de algodón a las muñecas de los brazos, y otros a las gargantas y cuellos, y hacíanles unos guacalejos pequeños, o carguillas de poco peso, en las cuales ponían unos panecillos y un jarrillo también pequeño con aguas, las cuales carguillas traían muchos ratos del día los niños, a cuestras, hasta que se llegaba el día de la fiesta. La significación de esto era decir que aquellos niños, como inocentes, aplacaban a los dioses, saliéndolos a recibir con aquel refresco y ofreciéndoles aquellos panes y agua, pareciéndoles, como solemos decir los castellanos, que dádivas quebrantan peñas; y vemos haber usado Jacob de esta astucia cuando supo que su hermano Esaú le venía al encuentro, volviendo de Mesopotamia. Finalmente, con la intención dicha, hacían esta preparación todos los de la república, los cuales pasados y llegado el día principal y festivo descargaban a los niños y desatabanles los hilos, fingiendo haber ya llegado los dichos dioses y venirles propicios y favorables; y llamaban a esta ceremonia neypliztli, cuyo fin y remate eran muy grandes convites y muchas bodas, de las cuales no eran los menos aventajados los sacerdotes, a cuyo cargo estaban las dichas fiestas y celebraciones.

No va muy lejos esta costumbre de la que los romanos tuvieron en la elección de los sacerdotes epulones, los cuales (como dice Tulio)¹ constitu-

¹ Cicer. lib. 3. de Orat.